

ANTOFAGASTA en

100

palabras

LOS MEJORES 100 CUENTOS IV

Incluye relatos de la quinta versión del concurso

Selección | Fundación Plagio

Edición | Sara Cano

Diseño e ilustraciones | www.triangulo.co

“ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS: LOS MEJORES 100 CUENTOS IV”

© Fundación Plagio

Registro de Propiedad Intelectual N° 251711

ISBN: 978-956-9304-07-1

Primera edición: abril de 2015

Tiraje: 20.000 ejemplares

Se terminó de imprimir en abril de 2015 en Quad/Graphics

Av. Pajaritos 6920, Estación Central, Santiago.

www.antofagastaen100palabras.cl

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

ANTOFAGASTA en

100

palabras

LOS MEJORES 100 CUENTOS IV

Incluye relatos de la quinta versión del concurso

Con alegría volvemos a regalar veinte mil ejemplares del libro que reúne los cien mejores relatos de *Antofagasta en 100 Palabras* en su quinta versión.

Para celebrar la apertura de la sexta convocatoria del concurso, hemos creado una nueva categoría, el Premio al Talento Infantil, con el que se reconocerá a autores menores de doce años a fin de incentivarlos a ser parte de este proyecto e invitarlos a desarrollar su creatividad desde pequeños a través del lenguaje y de los cuentos breves. No es casual esta incorporación: el proyecto *Antofagasta en 100 Palabras* desarrolla, desde hace años, varias actividades educativas en la región. Minera Escondida está comprometida con el incentivo de la creatividad y creemos en la cultura como medio de expresión y desarrollo de la región. Es por esto que realizamos varios talleres de escritura durante el periodo de convocatoria del concurso, un club de pequeños escritores con metodologías especiales para el incentivo de la creatividad, talleres de cuentos breves en gendarmería y también talleres para profesores en donde buscamos ampliar la enseñanza de la escritura creativa para

que la mayor cantidad de niños y jóvenes tengan la oportunidad de desarrollarse en ese sentido.

Los invitamos a leer este libro y realizar un viaje por el imaginario de la región de Antofagasta. Una vez más, sus habitantes nos muestran su ingenio, sensibilidad y creatividad a través de estos cuentos.

Minera Escondida

Operada por BHP Billiton

Una vez más, tenemos el placer de presentarles este libro único en su especie: un libro escrito por cien autores. Y sus autores son personas que, como cualquiera de nosotros, transitan por las calles de la región de Antofagasta día a día, personas que nos hablan desde sus experiencias, desde sus fantasías, desde su percepción única. Estos cien cuentos son una muestra de los distintos imaginarios que conviven en un mismo espacio, en un mismo lugar. Son también un reflejo de sus habitantes, pero, sobre todo, son un reflejo de cómo los lugares se van configurando a partir no solo del paisaje sino también de la visión que tienen de ellos las personas que los habitan.

Antofagasta en 100 Palabras es una iniciativa que forma parte de un proyecto global. Un proyecto que nació el año 2001 con *Santiago en 100 Palabras*, y que se extendió a diversas regiones de Chile, entre las que se encuentran, además de Antofagasta, Valparaíso, Iquique y Concepción. Desde el 2014, se sumaron a estas iniciativas dos ciudades extranjeras, la ciudad de Puebla, en México, con *Puebla en 100 Palabras*, y la capital de Hungría, Budapest, con *Budapest en 100 Palabras*, permitiendo, de

esta forma, el diálogo entre ciudades y ciudadanos a través de un mismo formato. Un formato que permite explorar a todos y todas la posibilidad de ser escritores, sin distinciones de ningún tipo.

A través de los *100 palabras*, hacemos una invitación abierta y transversal a toda la ciudadanía a reflexionar sobre el lugar en el que habita y a construir, colectivamente, la memoria histórica del mismo. Los invitamos, entonces, a ser parte de esta historia.

Fundación Plagio





GARGANTAS SECAS

Prosa poética en tierra seca de gargantas castigadas por el polvo y ojos cegados por la belleza de horizontes rojizos que saludan a la noche más brillante. Gargantas demasiado secas y agrietadas como para cantar los encantos de esta tierra.

Daniela Jarufe Contreras, 33 años, Antofagasta

DOS CIELOS

No sé si alguna vez alguien lo habrá pensado, pero aquí no tenemos uno, sino dos cielos estrellados: aquel que se puede mirar desde Paranal y San Pedro, alejado del mundanal ruido, y el que se puede ver desde las calles a partir de las 21:00 horas. Entre medio, el resto de los mortales no podemos aspirar a llegar ni a uno ni al otro.

Freddy Troncoso Meza, 37 años, Antofagasta

LA COLECCIONISTA

Manuela llevaba setenta años viviendo en la Gran Vía sin imaginar lo que se estaba perdiendo. Un día cualquiera, su vecina la invitó a contemplar la vista desde el Curvo. Desde aquella vez, Manuela se convirtió en una coleccionista de atardeceres.

Nedielka Yanez Zuvic, 27 años, Antofagasta

A MI HOGAR

He vagado mucho, pero siempre hacia una misma ruta. He encontrado bellos paisajes y cálidos hogares, desde la sencillez del campo sureño hasta el colorido porteño. Pero nada se compara a aquella avenida Brasil de los encuentros juveniles, ni se acerca a las caminatas de reflexión por el paseo del Mar, y mucho menos al rojizo atardecer. Solo un nortino reconocería esa vibrante armonía que se reproduce desde sus últimos cerros hasta el terminal pesquero.

Javiera Osven Rivera, 19 años, Antofagasta

DE PASO

Llevo pasando por Antofagasta más de dos años. Solo conozco su calle principal, su aeropuerto y a las personas que la transitan: los trotadores del lunes por la mañana, los compradores de fin de mes que colapsan las calles cercanas al *mall*, y los otros foráneos que, como yo, solo queremos volver a ver el verde del sur.

Paulina Muñoz Valenzuela, 29 años, Antofagasta

DÍA COTIDIANO

Es un día cotidiano: la calle Iquique con olor a mierda, los *bodyboard* en el mar, los carabineros paseándose en sus motocicletas BMW, la alcaldesa en la televisión y las redes sociales, los caninos con distemper en la calle; el Loco Víctor contando su pensión de carabinero en Prat con Matta, los militares en Ibiza buscando la compañía de alguna colegiala, los vagabundos acampando en el borde costero, la Fresh Party y sus modelos, el micrero que no entrega boleto, las nubes que bajan en cualquier momento y, para el té, un pan *batío* del Korlaet.

Marcela Núñez Beltrán, 21 años, Antofagasta

LA BANDERA

MENCIÓN HONROSA

Las autoridades escogieron un día sin viento para inaugurar su tan anunciada obra. La bandera quedó plegada en el mástil, como un mantel húmedo en el perchero de la cocina.

Marcelo Aranguiz Cardani, 43 años, Antofagasta

LA ESTIRPE DE UN HOYO

Los conocí de repente, los vi crecer cada día, acuciados por el caucho consuetudinario del trajín diario. Encontré su estirpe esparcida por la ciudad, en distintas calles y pasajes: en Matta, en Condell, en Maipú... Algunos candidatos los usaron en sus campañas, pero allí quedaron, imperturbables y víctimas de la erosión del tránsito. Continúan allí, ignorados y maldecidos. Los llamaron «eventos» con la siniestra intención de convertirlos en metáfora de la desidia.

Roberto Cuevas Berríos, 62 años, Antofagasta

VERTEDERO MUNICIPAL

PREMIO AL TALENTO JOVEN

Y pensar que todo empezó con un papel.

Ignacio Aguilar Rodríguez, 16 años, Antofagasta

PASEO PRAT

Nos sentamos en las bancas inventadas. El sol en ese entonces rugía, como el violento cobre cuando sale de la tierra. Nos preguntamos sobre cosas simples: respondimos 7x7. Nos dimos la mano, un abrazo; en dos días más nos veríamos en la mina. Tomó un camino distinto, yo en cambio seguí sentado en la banca, mirando cómo la gente caminaba por el paseo Prat, sin saber cómo acabaría el día, ni cómo comenzaría el mañana.

Danilo Pedamonte Gómez, 29 años, Antofagasta

BATALLAS TITÁNICAS

No pueden apartar los ojos de ningún movimiento; la concentración de los guerreros atrapa. Más rápidos que el pensamiento, cada ataque sin compasión se cierne sobre el oponente. El intercambio veloz de estocadas deja sin aliento; no hay tregua, y el campo de batalla tiembla. Una mirada sagaz deja al descubierto un movimiento mal ejecutado, la brecha a la derrota. La malicia aflora en el rostro de zorro viejo que arremete contra el derrotado. Suelta una tenue e inaudible carcajada, coge su arma y remata; alfil negro a casilla 7C. Jaque mate. Tarde cualquiera en la plaza Colón.

Cristina Bielefeld Torres, 20 años, Mejillones

REY DE LA SELVA

Atravesó corriendo la plaza mientras un orfeón tocaba y el desfile se iniciaba. En un extremo, los patos blancos de la pileta nadaban en círculo; en el otro, un majestuoso pavo real desplegab su cola, exhibiendo una infinidad de colores. La pequeña corrió a la esquina de la plaza y posó triunfante sobre el león, quien yacía quieto, esperando quedar plasmado en la fotografía que tomaría aquel hombre de cabeza oculta.

Sylvana Piccinini, 53 años, Antofagasta

EL DEBUTANTE

Un sudor frío me recorre el cuerpo, pero me empeiné en ser el mejor. Ahora debo demostrarlo en noventa segundos. Muchas miradas serán indiferentes y otras tantas me reprobarán. Bebo entonces muy rápido del vaso y contengo el líquido en la boca mientras sostengo la antorcha y el subconsciente me increpa: «¡Vamos, *weon*, tú puedes!». Lanzo la bocanada y una llamarada enorme se dibuja en las alturas, robando aplausos inesperados. La noche de mi debut, la avenida Pérez Zujovic estuvo muy concurrida, y volví orgulloso a mi casa con el hermoso sonido de las propinas en mi bolsillo.

Rosa Catalán Santa Cruz, 49 años, Antofagasta

EL BAILARÍN DE LA PLAZA

Mientras la música alegra la tarde en la plaza de Tal-Tal, todos se sientan y miran al hombre que, sin una pizca de vergüenza, deja que su cuerpo siga los acordes de la música. Nos reímos de él, pero, en el fondo, queremos acompañarlo en su locura.

María José Iribarren, 27 años, Tal-Tal

EL VAGO

Se acuesta, se duerme, estorba el tobogán y no me deja jugar.

Estefanny Rojas Sepúlveda, 14 años, Antofagasta

SILENCIO

Mi familia y yo acostumbramos a reunirnos en el mercado para compartir. Mi papá habla de su trabajo y de lo que han hecho sus nietos; mi madre solo habla de sus nietos; mis hermanas de sus trabajos y de sus hijos, y yo sigo ahí, sin poder hablar.

Andrés Zulueta Vega, 30 años, Antofagasta

ERA BELLA

Era bella, no obstante sus ojeras, su tez demacrada y su pelo descuidado; a pesar de su ajado buzo deportivo y su bolso Adidas manchado. Su rostro angulado, sus grandes ojos de tupidas pestañas y su boca carnosa evidenciaban cuán generosa había sido natura con ella. Semirrecostada en el asiento de la 104, en dirección a población Oriente, con la vista perdida en las calles que pasaban, rodeada de personas a quienes no veía, su sinuosa pero maltratada figura daba cuenta de las fichas mal jugadas en la mesa de la vida. Esculpida para diosa, terminó como sirvienta.

José Araya Torres, 63 años, Antofagasta

TOTY, LA PLANTITA

Había una vez una plantita chiquita que siempre miraba a los niños que jugaban en la acera. Nunca crecía; era tan chiquita que si uno la comparaba con una piedra chiquita, era más chiquita aún. Un día vino la señora o, más bien, la señorita Lluvia, que nunca pasaba por el norte de la ciudad. Pasó y bañó con un poquito de agua a Toty y, en poco tiempo, como en tres días, empezó a crecer. Ahora sí la vemos; hizo muchos amigos y está fuerte y grande. Y esta es la historia del primer árbol de mi población.

Tamara Díaz Díaz, 10 años, Antofagasta

MARÍA JUANA

Una mirada de reojo me bastó para darme cuenta de que en este barrio retirado del resto de la población, aislado por los vicios, se haría un intercambio. Yo, asustada, bajé la mirada y noté que entre sus senos se asomaba la mercancía. Y con un simple «vale» ya me encontraba en mi mundo de risas.

Jhoana Astorga Pérez, 21 años, Antofagasta

SER ESTUDIANTE

Al esperar una micro de nuestro querido Transantofagasta, tenemos que acechar a los civiles y escondernos tras los postes, aguardando el momento en que la hagan parar. Es entonces cuando salimos corriendo para alcanzar a subir y así burlar la ley de los estudiantes: las micros casi nunca nos paran.

Giantfranco Campos Vargas, 15 años, Antofagasta

LA FLACA

Una pena era echarla cuando se metía al local con esa mirada triste y esa lengua seca que veíamos todos los días. La señora que la traía, entre las pocas cosas que lograba recordar, pedía un tiestito con agua para su flaca y contaba la misma historia todos los días: que venía desde la Bellavista a ver a su hija. Se tomaba el tecito que le regalábamos para el frío y seguía su camino hacia el sur con la Flaca, que le movía entusiasta la cola y parecía despedirse esbozando una sonrisa.

Emilio Arellano Eyzaguirre, 24 años, Antofagasta

LA NENA

Cuando Mary Quant inventó la minifalda en Inglaterra, en Antofagasta la Nena la usaba hace mucho tiempo.

Ana María Psijas Gargari, 70 años, Antofagasta

OTRO SER

Lentejuelas, brillos, maquillaje. Cae la noche y sube el telón. Cómo ansío esos tres días de cada semana en que puedo convertirme en quien realmente soy. Canto, bailo, grito y hago el amor. A cada uno de mis visitantes les regalo el corazón. Con un pucho en la cartera y unos tacos bermellón, olvido que nací culebra, cuando debí nacer castor.

Bianca Arpe Velásquez, 27 años, Antofagasta

EL YURI

Seis de la mañana; los pies no dan más. Los tacos altos aceleran el tranco de sus piernas, enfundadas en pantis sintéticas. A esa hora la calle está vacía, húmeda, receptiva. Lo único que suena en el pavimento es el *tac, tac* de su apresurado caminar. Abre la puerta; ya no hay tiempo para dormir. Tira los zapatos, baja el cierre del vestido y toma un baño de expiación. Antes de que aparezcan los primeros rayos de sol sobre los cerros, su figura de abogado meneando alegremente un maletín de cuero sobre la acera descascarada se pierde en el horizonte.

Luis Núñez Pizarro, 43 años, Antofagasta

CASI

Después del travesaño de Pinilla, decidí vestirme de amarillo, azul y rojo.

Beatriz Jiménez Amín, 18 años, Antofagasta

CARNAVAL CAFETERO

Nunca en la historia de Antofagasta se había visto semejante celebración: gente de un color distinto al común con camisetas amarillas y banderas tricolores, más sonrientes y alegres que los propios chilenos. Colombiafagastinos, como se llaman, inundando las calles del centro, festejando una victoria cafetera sobre un grande. Las raíces no se olvidan ni se abandonan.

Paula Riquelme Adasme, 16 años, Antofagasta

CONSULTAS AL ORÁCULO

Hace un tiempo ya que me atiende un casero ecuatoriano, una colombiana se encarga del corte de mi pelo, un boliviano me vende las verduras en la Vega, unos panameños me cargan el carro con bencina y una paraguaya me guiña el ojo a la pasada. Lo más impresionante de todo es la rusa que me escribe desde Moscú por el correo de la Internet con claras intenciones de casarse. *Será esto la globalización*, me pregunto yo.

Danilo Godoy Torres, 29 años, Antofagasta

MAYRA

Mayra tiene un lunar cerca de la nariz; es blanca y tiene un lunar. Venirse desde tan lejos a buscar un futuro la tiene hastiada, parece que se siente aislada. Ser colombiana no le hace bien en este país, pero Mayra no decae, lucha. Camina por la avenida Brasil hacia su pega; la gente la mira agradable porque es blanca, piensa ella. No quiere callarse; ella muestra sus raíces orgullosa. Mañana se va; no creo que vuelva nunca más.

Silvonne Rivera Guardia, 26 años, Antofagasta

LA NEGRA

La negra camina rimbombante, alzando sus caderas al son de una canción desconocida. En esta patria que no es suya ha tenido que olvidar sus bailes caribeños y acostumbrarse a ritmos ajenos. Aun así, su cuerpo sigue moviéndose al sonido de unas melodías que ella desconoce, incluso mientras trabaja. Cuando barre las hojas en el patio, baila y piensa que lo que está sonando es una cumbia colombiana o un vallenato sabrosón. En su corazón tropical extraña su país y su música. Recuerda siempre a su raza con una sonrisa mientras meneas sus caderas y disfruta una canción.

David Soza Iriarte, 29 años, Calama

EL ENCANTADOR DE LOBOS

Muy cerca, los lobos rezongan por la fría mañana en la caleta. Esperan las cabezas y espinas de pescado que les arrojará el encantador, que causarán el deleite de la gente, que generosamente le dará las monedas, que servirán para comer. La risa de los niños y la fidelidad de los lobos son su mayor recompensa. El *show* debe continuar.

Ignacio Quiróz Caro, 35 años, Antofagasta

ALERTA DE *TSUNAMI*

Las sirenas no paraban de sonar. La luna, amenazante, sonreía maléficamente sobre el mar embravecido. La gente caminaba rauda hacia avenida Argentina. Otros corrían despavoridos tratando de alcanzar la locomoción colectiva. Cerré el local y subí a paso rápido hasta Saavedra por Maipú. En las cercanías de la línea del tren, la gente, sentada, esperaba el gran acontecimiento.

Edelmira Barrios Aguilar, 48 años, Antofagasta

EIDER 2005 O LA ÚLTIMA TRAVESÍA DEL PELÍCANO

Sus palmípedas patas no sopesaron la densidad de la superficie empetrolada. Sus alas se arrastraron sobre la capa contaminada del Pacífico profanado. Vio con desazón cómo se esparcía aquella mancha aceitosa que, cual leviatán de materia oleaginosa, asoló todo su ecosistema. Sus ojos diminutos buscaron en la distancia un nido que, a cada aleteo, se hacía más lejano. Agotó todas sus fuerzas hasta quedar exhausta, inmóvil, casi exánime. Y con su bolsa membranosa misérrima de provisión, pensó en sus crías mientras se empapaba lentamente de la mácula oleosa.

Álvaro Delgado Muñoz, 38 años, Antofagasta

BOLSAS Y MEDUSAS

En la caleta, miro hacia el mar y veo miles de bolsas tiradas, confundándose con las medusas. Ya no sé cuál es cuál, al igual que las tortugas, que tampoco las distinguen.

Estefany Salgado Acosta, 14 años, Antofagasta

PELÍCANO MALHERIDO

Mantengo la mirada fiel al horizonte. Resisto que mis ojos caigan. Los vuelvo a cerrar. Me quedo dormido por el dolor y la pena que siento. Pasan los días; siento hambre, no puedo volar y rezo para que no me lleve el mar. Percibo una voz suave y unos brazos que me acogen: «Tranquilo, todo va a estar bien». Son del centro de rescate. Mis deseos por vivir han sido fuertes; que vibraron en el corazón de los humanos que me salvaron. Dijeron que una moto me había atropellado, pero que pronto regresaría a mi hogar, a punta Itata.

Giannina Urbina Fontana, 29 años, Antofagasta

LA GAVIOTA

Cuentan que, estando mar adentro, ciertos pescadores se acostumbraron a la compañía de una altiva y confiada gaviota. Parada al borde del bote, hacía gala de buen augurio, pues su presencia era sinónimo de una pesca sosegada y fructífera. Por agradecimiento o superstición, los pescadores le arrojaban la especie más generosa, y esta, al obtener su recompensa, alzaba el vuelo en dirección a Juan López, perdiéndose en el horizonte. Pasaron los días y los pescadores dejaron de esperar a la gaviota. Desde que aquel monstruo petrolero contaminara parte de su hábitat, no volvió a acompañarlos, presagiando así tiempos de miseria.

Álvaro Delgado Muñoz, 38 años, Antofagasta

LA BALSA

Nunca olvidaré la expresión en el rostro de mi hijo la primera vez que llegó a la Balsa del balneario; sus ojitos se abrieron hambrientos, tratando de abarcar la inmensidad recién descubierta de una ciudad que le había sido, hasta ese momento, totalmente desconocida.

Iván Ávila Pérez, 40 años, Antofagasta

#COMUNICACIÓN

Entonces, ella se dirigió a la sala de embarque para tomar su avión de regreso a la ciudad. Se sentó a mirar a la gente que iba y venía. Un silencio invadió el lugar; solo se escuchaba el sonido de las pantallas táctiles.

Fernanda Cortés Pinto, 17 años, Antofagasta

COMPAÑÍAS

Las compañías de siempre, a lo largo del camino, serán
la animitas.

Janett Venegas Zaraoza, 32 años, Antofagasta

GIGANTES DE HIERRO

Tal vez nunca pensaron que terminarían así. Tanto trabajo, tanto peso cargado. Parece ironía que, después de quince años de servicio, un desastre natural las dejara cesantes. Cien toneladas de fierro robusto en esbeltas figuras; esas grúas soportaron miles de toneladas más, pero el terremoto del 95 diría otra cosa. Ahora, roídas por el óxido que dejó la suave brisa del mar, las luces extravagantes y el decorativo excremento de gaviotas y patos yecos hacen de ellas un espectáculo penoso. Jubiladas al borde costero, aún con el pecho erguido, ven pasar sus días anhelando sus años de gloria.

Paz Fuica Contreras, 27 años, Antofagasta

IMAGINATIVA

Cuando pasábamos en auto y las veía por la ventana, siempre imaginaba que eran gigantes bajo el desierto intentando escapar. Un día cualquiera, mi infancia me abandonó al escuchar que las hizo un tal Mario Irarrázabal.

Patricia Díaz Romero, 25 años, Antofagasta

DOS EN UNO

PRIMER LUGAR

Siempre amé el desierto, desde que lo crucé hace treinta años en un viaje de cuarenta y ocho horas con mi madre en busca de mi padre, muerto en una mina ya desaparecida. Conseguimos recoger su cadáver, meterlo en un ataúd y viajar casi de inmediato a Copiapó, nuestra tierra natal. Mi madre no lloraba, yo masticaba un eterno Dos en Uno y, atrás, en la camioneta, mi padre se zangoloteaba y me parecía escuchar su voz diciéndome que botara el chicle.

Cristian Muñoz Torres, 55 años, Antofagasta

NIÑEZ EN ANTOFAGASTA

Si me preguntasen cuál fue mi niñez, diría que el cerro el Ancla fue mi resbalín, el balneario municipal mi piscina, el parque Brasil mi patio de juegos y la caleta mi restaurante. Jamás me importaron las rodillas que, agrietadas, caían al suelo. Simplemente fui feliz. Ahora, la revivo en los pequeños que trazan aventuras en esos lugares.

Tania Sepúlveda Inzunza, 45 años, Antofagasta

CERRO EL ANCLA

Ella vivió toda su infancia de la circunvalación hacia abajo. Y como las calles estaban atochadas de casas, de vez en cuando subía por la falda del cerro para poder pasear a su perro. Desde arriba contemplaba la tranquila ciudad. Nadie podía imaginar que allí estaba ella, observándolo todo con el corazón lleno de esperanzas.

Catherine Pérez López, 33 años, Antofagasta

EL CERRO DE LA CRUZ

Tengo pocos recuerdos felices de mi infancia, y mi abuelo está en la mayoría. Sagradamente, domingo por medio tomábamos la 3 en avenida Cautín y bajábamos en Ñangamos con Club Hípico. Subir esa avenida era una caminata interminable para mis cuatro o cinco años. A los diez ya se hacía más tolerable, pero había algo que no entendía, y preguntaba: «Abuelo, ¿por qué no entramos por donde entra toda la gente?». «Camina, niño, que va a empezar el partido». «Pero, dime, ¿por qué siempre vemos el partido en este cerro?». «Porque aquí los goles se gritan mejor».

Alan Meza Castro, 33 años, Antofagasta

SIN TÍTULO

Recuerdo que de niño nunca me celebraron un cumpleaños. Esperaba con ansias la fecha, imaginando una sorpresa. Imaginaba globos, dulces, torta, serpentina, regalos, mis amigos felicitándome, jugando en el patio, reventando la piñata, pero ese día nada de eso ocurría. Siempre me pregunté por qué a mis amigos les celebraban el cumpleaños y a mí no. Llegué a pensar que mi familia no me quería. Ahora, privado de libertad, entiendo muchas cosas: pasábamos por un problema económico. Ahora espero con ansias, pero no quiero globos, torta, regalos, solamente que termine mi condena y pasar con mi familia mi mejor cumpleaños.

Marco Cifuentes Sánchez, 34 años, C.P Antofagasta

SOLO TIENES QUE APRENDER A VER

«Andesitas jurásicas —explicaba el profesor—; las rocas que subyacen en los cerros detrás de Coloso». Mientras, yo veía jotes sobrevolando el cielo, basura de algún carrete desenfrenado y el sudor mezclado con el polvo en la cara de mis compañeros. «Andesitas jurásicas», repitió un amigo mientras yo trataba de vislumbrar el mar detrás de los cerros, contaba los tonos de café en la tierra y sentía ese viento que en buen equipo con el sol me daba esa agradable sensación entre calor y frescura. «Andesitas jurásicas —concluyó el profesor—, solo tienen que aprender a ver».

Ángel González Ghisolfo, 23 años, Antofagasta

CRECIENDO

El balneario como escenario, los veraneantes como espectadores, los amigos del barrio como compañeros. Aquel febrero del 96 al fin cumplí con el rito de pasaje de mi generación: por primera vez salté de la Puntilla y llegué nadando hasta la Balsa.

Felipe Andrade Legua, 26 años, Antofagasta

A PATA PELÁ

Pasando la playa las Almejas, en esos roqueríos donde nadie iba, un irregular manto verde cubría de risas a los niños. No había mejor sensación que pisar esas piedras y recibir el chorro rabioso del piure recién mojado, enojado por tanto cabro chico a pata *pelá* saltándole encima. Pero una ola traviesa se preparaba atrás para vengar a los piures. De pronto, una fría y salada revancha caía sobre nosotros, transformando en un segundo el juego en una maratón de pisadas hundidas corriendo hacia la arena caliente.

Paula Espinosa Espíndola, 30 años, Antofagasta

MI PRIMERA VEZ

Estábamos en el club de yates. Nos llamaron y nos dijeron que nos subiríamos a un Optimist. Me puse muy nervioso; miles de mariposas revoloteaban en mi estómago. Cuando llegó mi turno, la emoción me subió hasta el cuello. Ya estaba en el bote, solos el mar y yo. Me sentí invencible. Me sentí un capitán.

Francisco Urías Vega, 17 años, C.P Antofagasta

EL PINTOR DE CARTELES

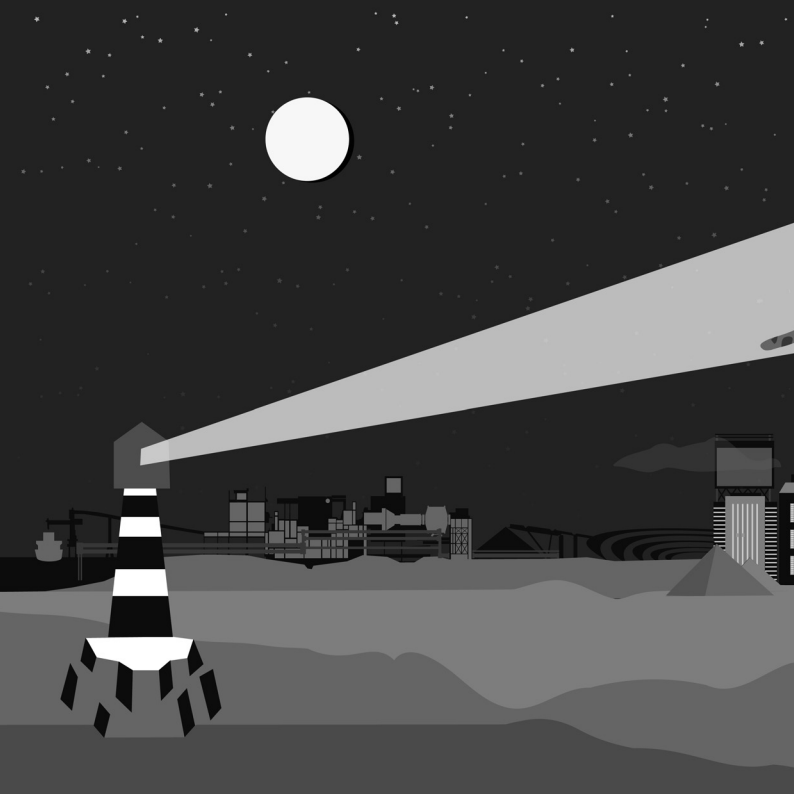
Como siempre, en la soledad del ático, con un café caliente que ahoga el frío y un chaleco de lana gruesa que lo viste, ordena ceremonioso el largo lienzo blanco desenrollado en el piso, los tarros de óleo puro y combinados, la brocha, los pinceles limpios. Sus manos comienzan a dibujar el cartel del último estreno del cine Nacional.

Ignacio Quiróz Caro, 35 años, Antofagasta

DESCIFRANDO AL POETA

Estoy en la plaza Colón. Reconozco una cara; es el poeta Gonzalo Rojas. Lo saludo y le pregunto espontáneamente: «¿Qué le parece Antofagasta?». Y él me responde: «A Edgar Allan Poe le hubiese gustado vivir en esta ciudad». Yo sonrío, él se despide. Falleció poco tiempo después, y ahora sus palabras me dan mil vueltas en la cabeza. ¿Qué habrá querido decir?

Carol Henríquez Sepúlveda, 41 años, Antofagasta





DÍAS DE RADIO: LA CABALGATA FAMILIAR

Y, así, el día más feliz de su juventud fue aquel sábado tan antiguo que llamó a la radio y conversó con Ricardo Olivares, cantó *Volver a los diecisiete* y se ganó media docena de empanadas de la pastelería Barreda. Llegó a su casa con el premio y fue celebrada por toda su familia con té con canela, risas, complicidades y sueños. Aún hoy, de vez en cuando, si quiere recuperar algo de las ilusiones perdidas, saca su radio a pilas, sintoniza el CA 1460 AM y baila una imaginaria milonga encantada.

Marcela Mercad Rubina, 45 años, Antofagasta

ESPERANZA

Hirvió agua por tercera vez mientras raspaba con un cuchillo el pan que se le quemó. Montó la mesa para desayunar. Los llamó a todos, pero no contestaron. Fue a sus habitaciones, pero sus camas vacías ya estaban hechas. Prendió la radio y se sentó a desayunar. Pensó unos momentos; algo le faltaba. Se levantó y fue a la cocina a hervir agua. La monjita del hogar de ancianos de Antofagasta la recibió con una sonrisa, la tomó del brazo y la llevó de paseo por el jardín.

Roberto Avaria Campos, 44 años, Antofagasta

AQUEL *GENTLEMAN* PAMPINO

MENCIÓN HONROSA

Apenas despertaba, tenía la costumbre de asomarse a la ventana para ver la hora en el reloj del Big Ben, aunque nunca había estado en Londres. Cada mañana, enfrentaba el día bajo su bombín inglés, aunque solo buscaba cómo protegerse del sol. Todos los sábados, viajaba en un tren de la Antofagasta and Bolivia Railway Company, aunque para él solo fuera el trencito que le llevaba a Mejillones para visitar a su compadre Lucho. No pasaba un día sin que tomara el té a las cinco, aunque solo fuera para que los alfajores no se sintieran tan secos.

José Cózar Valbuena, 42 años, Antofagasta

CARAVANA DE LA MUERTE

Dicen que se debe olvidar. Dicen que se debe perdonar. Pero ella no olvidará, no perdonará. No mientras en su mente viva la imagen del muchacho del cabello color miel y en sus oídos resuenen aquellas melodías de la peineta y el papel.

Mitzu Muñoz Tapia, 19 años, Antofagasta

EL DESIERTO BONITO

La pampa, bello desierto entre cordillera y mar, tierra de indígenas atacameños y changos. Los mestizos dejan en el olvido sus raíces y sus pueblos, pero, en la conciencia, el recuerdo permanece intacto. Extractores de caliche de ingleses y alemanes endurecen el alma, pero no el espíritu pampino. Las grandes salitreras embrutececen a las multitudes y borran su historia. Ya es demasiado tarde; sus pueblos están muertos, pero aún entre tanto silencio generan brillo, palabras y acontecimientos impresos en cada rincón. Ese brillo queda en el viento y susurra en tus oídos.

Javier Cortés Olivares, 12 años, Antofagasta

EL RASTRO

Sus manos blanquecinas, los zapatos y ropas impregnados de polvo y arena. Las astillas entre los dedos y, finalmente, una idea mientras bajo las estrellas armaba el fuego: «De esta caleta no me muevo, aunque me traten de chango».

Patricia Díaz Romero, 25 años, Antofagasta

ESA NOCHE ANTES DE LAS GRÚAS

Se estaba comiendo la última gónada del único erizo que pudo hallar cuando sintió ese mal presentimiento. Pero qué más podría ocurrir, pensó, si ya todas las especies de la Mamacochoa estaban agotadas, y sus congéneres de piel cobriza, muertos. Qué iba a comer después de saborear esa minúscula teta anaranjada; afuera de la cueva donde se escondía a esperar el final no sobreviviría por muchas horas. Esa noche afiló tiernamente su arpón de hueso y, con el primer sol de las gigantescas máquinas cazadoras que aparecieron ancladas en la costanera, murió también el último chango.

Felipe Espinosa Chellew, 42 años, Antofagasta

MEMORIA DE UN PESCADOR

Saco la red luchando por la del día. Solo esperanza ven mis ojos al retirarla; antes era por *hobby*, ahora por profesión. A veces pesa el desánimo, el no comer de los niños o simplemente el sonido quejumbroso de doña Patricia al ver que el pescado sale menos y que la comida vale más. «¿Cómo *l'hacimo* José?», le escuchaba con esa mirada añejada. Esta vieja caleta Coloso, que casi me ha parido y quizás sea mi tumba, me susurraba suavemente al oído, como si fuera la voz de Dios: «Fe y esperanza, José, fe y esperanza».

Diego Videla Cossío, 19 años, Antofagasta

LA SANGRE EN LA PLAZA

El periquillo de los diarios corrió hasta que los pies le ardieron, hasta que la sangre pareció salirse por la garganta. Cerro arriba las cosas se ponían negras, pero no tanto como para los obreros que protestaban orgullosos en la plaza Colón. Cuando llegó a las casas de arriba, endebles, colgando como volantines en el cerro, los ojos de las vecinas fueron un balde de agua fría para su cansancio, ahora en vano: ellas ya lo sabían; a lo lejos retumbaban, como truenos tardíos, unas todavía humeantes carabinas que derrumbaron el primer sueño obrero del norte grande.

Néstor Morales Tapia, 37 años, Antofagasta

PLAZA COLÓN

Así es, yo estaba allí. Mis ojos solo veían de color blanco, negro... y rojo. «Es un mitin», me dijo una señora. La gente corría a todos lados, dejando a su paso sus huellas desesperadas en el concreto. Las múltiples voces de los obreros, junto con los disparos, hacían retumbar el lugar. «¡Solo eran treinta minutos más!». Recogí un periódico, miré la fecha: 6 de febrero de 1906. Las balaceras no dieron tregua y aquellos obreros no tuvieron treinta, ni tampoco un minuto más para vivir. Esos valientes hombres ahora alzan sus voces desde la eternidad. ¿Puedes escucharlos?

María Ossandon Gómez, 18 años, Antofagasta

MARCADOS

Mientras el reloj avanza, las horas y los minutos retroceden. Estar aquí es tener una nueva vida, y aunque también se estudia y se trabaja, no importa; somos los que más brillamos, no solo como personas, sino también como ciudad. Nuestro mar salado rodeado por grandes cerros, todo iluminado por una gran bola de fuego y sombreado como un cuadro adverso de tierra de cobre. Salitreras llenas de historia por donde han pasado varias generaciones; sus historias nos suenan a películas antiguas, todo en blanco y negro. Pero así es; somos historia y lo seguiremos siendo siempre.

Patricia Araya Barrientos, 15 años, Antofagasta

UNA SELVA DIFERENTE

Cuando estoy triste, me acerco a las hienas que, con historias y anécdotas, me hacen sonreír. Cuando siento que los años transcurren como agua entre mis dedos, me acerco a los elefantes y siento que realmente he perdido mucho tiempo.

Nilson Godoy Núñez, 27 años, C.P Antofagasta

PROGRESO

Me carga la nueva autopista; lo único que logra es separarme más rápido del lugar que más quiero.

Freddy Ferrey Padalmonte, 28 años, Antofagasta

LITERALMENTE

Desenvolviéndose cual serpiente de mirada hipnótica, el notable escritor entusiasma a su público para que participen en esa convocatoria literaria, argumentando: «Escriban. Hablen con sus parientes, abuelos, vecinos. Rescaten la memoria. Hurguen en esos secretos archivados. Entreguen todo lo que sepan de este lugar olvidado. Lo necesito. Me urge, pues yo me nutro de ustedes», termina, marcando con énfasis la última expresión mientras toma a uno de los asistentes y lo engulle con voraz apetito.

María Rodríguez Araya, 60 años, Antofagasta

LATIGAZO

De tanto azote de olas en su espalda, Juanita de vez en cuando suelta un milagro.

Eduardo Cortés Peña, 42 años, Antofagasta

PUNTADA CON AGUJA

Antofagasta no es más que un hilo que intenta entrar por aquel ojo de aguja llamado la Portada para aferrarse al mundo que se deshilacha a su alrededor.

Iván Ávila Pérez, 40 años, Antofagasta

PINTORES ANÓNIMOS

Nos enseñan que la Portada fue moldeada por el viento y el mar, pero se les olvida decirnos que fue pintada por las aves.

Gerardo Hormazábal Robles, 19 años, Antofagasta

VENGANZA

Un día todo se volvió patas arriba. La gravedad se trastornó. Lo que caía empezó a subir. Y los antofagastinos por fin pudieron vengarse de los patos yeco.

Cristian Asencio Ojeda, 34 años, Antofagasta

DESPEDIDA

Cuando el último tren fue devorado por el desierto, sin ni siquiera un escueto grito de adiós, y el último barco se hundió en el horizonte nuboso, fue que nos dimos cuenta de que la ciudad era un espejismo entre la arena y el mar, y, nosotros, sus fantasmas.

Iván Ávila Pérez, 40 años, Antofagasta

POSESIONES

Yo poseía el desierto. Estrechaba su mano, que se alzaba solitaria como el jote mañanero. Saltaba la Portada, carcomida por el continuo abrazo de las olas. Me burlaba del Ancla, que fue mandada a la punta del cerro por un desamor con la mar. Solo cuando me vi subiendo y bajando desde la salada camanchaca costera hacia la profunda e inexorable sequedad de la mina, me percaté de la realidad. El desierto me poseía.

Vicente Varas, 17 años, Antofagasta

PLACAS

Le dije a la placa de Nazca que se ubicara. Ya estaba bueno, ya. Le dije que se dejara de mover, que mañana tengo que ir a trabajar y no tengo tiempo para simulacros.

Ricardo Zepeda Montenegro, 16 años, Antofagasta

ENTRE POLVO Y ESTRELLAS

Eran cinco los minutos que ella tenía que caminar, pero la oscuridad silenciosa de noviembre guardaba secretos que no siempre son eternos. Desviaron su camino en contra de su voluntad. La llevaron al desierto, donde la escondieron cerca de un mes. El polvo y miles de estrellas la acompañaron durante esas veintiocho noches hasta que la encontraron durmiendo, solitaria, a noventa kilómetros de su destino.

Mery Patiño Campusano, 27 años, Antofagasta

PASAJERO DEL TIEMPO

Una tarde de verano, el *Longino* se abastece de agua en los Vientos. Silenciosamente, desciende del tren un hombre con traje y sombrero negro, pañuelo blanco en la solapa. Nadie se da cuenta. Extasiado con la inmensidad del desierto, comienza a caminar. La pampa lo seduce, lo llama a explorarla. De pronto, se desorienta y divaga. Busca la estación, pero solo ve espejismos. Se ha alejado demasiado. La chusca, la camanchaca, el tiempo lo ocultan. Cuando lograron encontrarlo, su tren había partido hacía 43 años. Mientras, su hijo, en la estación de destino, solo vio llegar su vieja maleta.

Oriel Morales Honores, 52 años, Antofagasta

MAPA

Tú y yo sentados, tú y yo de pie, tú y yo sintiendo la bruma del mar. Tú observándome desde la Balsa que se tambalea en medio del balneario. Yo pensando en lo lindo que se ve tu traje de baño y tu cabello castaño mojado y quemado por el sol. Tú lanzándote al mar. Yo con mi bandeja de cuchufíes en la orilla de la playa, con el agua hasta las rodillas. Tú tironeada por la mano de tu padre, con la cabeza vuelta hacia mí.

Víctor Escobar Díaz, 32 años, Antofagasta

LA LLEGADA

Cuando despertó, pensó que estaba en Marte. Le costó ubicarse en esa eternidad de lomas encostradas, de piedras calientes y caminos resquebrajados. Se bajó del bus y caminó buscando sombra. Pensó en devolverse al tiro, o seguir de largo hasta Iquique, pero el desierto ya se le había pegado a los zapatos y no tenía intenciones de soltarlo nunca.

Rossana Pizarro Patiño, 27 años, Antofagasta

TEORÍA Y SOLFEO

Lanzan sus zapatillas al cableado eléctrico, convirtiendo el cielo más puro del planeta en un hermoso concierto de corcheas, bemoles y sostenidos.

Marcela Mercad Rubiña, 45 años, Antofagasta

APOLO ANTOFAGASTA

Me puse el traje especial y la protección necesaria. Antes de partir, revisé que todo estuviera en orden. Entonces, presioné el botón y me elevé a lo más alto del cielo, tanto que incluso vi los astros en su mayor esplendor. Recorrí toda la costanera y, al acercarme a tocar las audaces olas, estas me rociaron delicadamente la mejilla. Pasé junto al *mall* y las personas me miraron estupefactas; de la nada comenzaron a entonar mi nombre como una alabanza. Pero no, en realidad era mamá, quien me retaba a gritos que me bajara de la caja del televisor.

Francesca Chávez Castillo, 18 años, Antofagasta

CUANDO EL CIELO SE MIRÓ EN LA TIERRA

De a poco llegaron los enormes vientos y el cielo se empezó a pintar de blanco. Las fisuras terrestres se llenaron de pequeños cubitos de hielo; el agua empezaba a congelarse y parecía que en la Tierra se reflejara el cielo, como si la divinidad se mirara al espejo. Ahora Calama estaba repleto de angelitos. Yo buscaba a Dios o más bien su reflejo.

Cristian Díaz Campusano, 22 años, Calama

SIN TÍTULO

Lo siento por empezar así, pero es la verdad. En el funeral de mi hermano iba a explotar, así que decidí correr. Casualmente quedé frente a la Portada y grité: «¿Por qué, por qué a mí?». Lloré pero, de repente, escuché una voz: «Hermano, no llore; la vida es bella». Lo único que hice fue pararme y correr a mi casa de la calle Maipú. Entré y les dije a mi mamá y mi papá: «La vida es bella».

Constanza Ávalos Díaz, 12 años, Antofagasta

LOS CERROS

Solía contarles a los niños que detrás de los cerros existían mundos paralelos donde el tiempo era una ilusión para engañarlos, y que, si parpadeaban lo suficiente, verían los cuellos y las fauces de bestias ancestrales ocultas en las cadenas que recorren las playas, y que detrás de esas cadenas la memoria se mantenía viva. solía decirles que un día, llegado el momento, todos marcharíamos a vivir a las cimas y de vez en cuando alguien se asomaría a saludar.

Joel Briceño Gálvez, 26 años, Antofagasta

CERRO VERDE

Después de la inusual lluvia, el intenso color café de los cerros se degradó en verde. Surgieron flores y plantas que durante dos décadas esperaron renacer después de una lluvia como la de aquel día, cuando los cerros llegaron al mar.

Mery Patiño Campusano, 27 años, Antofagasta

CULTURA CASH

Deslízate suavemente por las ruinas de Huanchaca y caerás bruscamente dentro del Enjoy.

Edelmira Barrios Aguilar, 48 años, Antofagasta

ANTOFAGASTA MÁS QUE EGIPTO

Cuando se nos acabe el cobre, quitaremos la cobertura de tierra y piedras con que cubrimos las pirámides más antiguas del mundo, haciéndolas pasar por cerros. Desde ese día sí que tendremos turistas.

Yerko Ayán Figueroa, 27 años, Antofagasta

LA OLA DE GENTE

«Cómo olvidarlo —me dijo Pedro—, fue justo el año 91. Todos los que nos encontrábamos en la costa pudimos apreciar cómo la ola de barro y gente invadía la ciudad».

Constanza Zúñiga Tapia, 14 años, Antofagasta

EL SUEÑO IMPOSIBLE

Y, de repente, todos se despertaron, miraron a la ventana y tuitearon: «Esta nevando en #Antofagasta».

Ignacio Castro Montecinos, 13 años, Antofagasta

QUIMAL Y LICANCABUR

En la tierra en la que ellas son cerros y ellos volcanes, él espera paciente durante todo un año el solsticio de invierno para, solo por un momento y solo con su sombra, cubrirla por completo.

Mery Patiño Campusano, 27 años, Antofagasta

CAMANCHACA

La visibilidad era nula aquella noche, como de un silencio de piedras ajenas. Todos los suspiros se condensaron en la escasa humedad de su tormento añejo, ya ido, casi obsoleto. Como un fantasma de cuento viejo, agitó la farola de su mano derecha y el cigarro de la otra extremidad hizo unas aureolas que se quedaron petrificadas de frío. Sintió que venía la locomotora, pero ya ni rieles había; se los llevó el olvido. El tren se llevó a su amada para no regresársela. A ratos, su silueta le azotaba de entre la camanchaca con un beso, un solo beso.

Rodrigo Aguilar Baigetti, 41 años, Antofagasta

MANIQUÍ

Hoy estuvo aquí, explorándome. Sus manos son únicas, respuntan mi piel y la hilvanan con caricias que no puedo responder. Estoy vestida con retazos de telas que neutralizan mi ternura. Soy un proyecto de pasión frustrada y un cuerpo femenino con fecha de vencimiento. Una mujer de yeso y alambre condenada a no sentir dolor. Desde un cristal veo pasar los días. Mi papel es ser testigo, pero nunca protagonista. Mañana será nuestra segunda prueba. Me prometió un vestido nuevo con ribetes de inspiración onírica. Pero no quiero jugar con la fantasía. Solo espero que él me desvista.

Marcela Figueroa Gatica, 44 años, Antofagasta

EL CUARTILLO

Otra fría mañana en Antofagasta. La pareja, con los cuerpos temblorosos, trata de encontrarse y darse calor. No funciona. A ella le tiemblan las manos, a él le duele el estómago. La ropa de ella está arrugada, sucia y maloliente; la de él también. No hablan, les falta ánimo. Un ruido los alerta; se abre una puerta y al fin termina el tormento. Corren al mostrador y el dependiente les sirve un cuartillo de vino tinto. Se miran, sonrían y él le dice a ella: «Hola».

Carlos Mella Latorre, 63 años, Antofagasta

ENCUENTRO

No hubo diálogos previos, solo la necesidad de hermanar sus afectos por única vez. Volaron las flores del jarrón de alabastro y las sábanas de la cama se elevaron como ángeles gigantes en señal de respeto. Por la boca de Paloma emergían cientos de cuentas parecidas a las de un rosario, mientras que José, ya convertido en gusano de seda, intentaba abrirse paso entre los helechos adheridos al cuerpo de su novel amante. El ritual estaba a punto de concluir. Ella seguirá soñando con los escenarios de Broadway, y él, en días, vestirá orgullosamente la sotana de los curas franciscanos.

Marcela Figueroa Gatica, 44 años, Antofagasta

ESPERA

Ahí estuvo sentado toda la tarde, ahí donde aún se podía escuchar el agua de la pileta, desapercibido. No le leyó la palma la gitana más audaz, no le lustró los zapatos aquel extranjero casi inmóvil. No jugó al ajedrez ni se sacó una foto con el incondicional león. Solo escuchó el agua y esperó ahí toda la tarde por aquellos ojos dormidos.

Emilio Arellano Eyzaguirre, 24 años, Antofagasta

RÁPIDO Y FURIOSO POR EL BALNEARIO

Por fin encontró el dinero en su mochila. Apresurado, salió corriendo, dando saltitos con una sola chala por la arena caliente. Tenía que llegar: con lo que le había costado conquistarla y que le diera el sí, no la defraudaría. Recibió un fuerte palazo en la espalda de los niños que construían castillos. A su paso, una chica guapa le sonrió tendiendo su toalla, y un perro se le atravesó, haciéndole dar un par de vueltas en la arena. Con todos los obstáculos vencidos, llegó a la meta. A la caja le quedaba el último cuchufí. ¡Y era para ella!

Magaly Agüero Aguilar, 40 años, Calama

MALDITOS LICEANOS

Malditos liceanos que llenan la micro 107 que pasa cada veinte minutos. Malditos liceanos que escuchan música sin audífonos e invaden mi espacio con su perreo intenso. Malditos liceanos que se sientan en el asiento que está delante del mío. Malditos liceanos que se besan impunemente. Aún no han sufrido por amor, y yo aquí sola, con el corazón roto, viendo el atardecer en avenida Circunvalación, en una micro que está a punto de desarmarse.

Mery Patiño Campusano, 27 años, Antofagasta

DULCE VIERNES

Un viernes de octubre, por Angamos, me encontré con sus ojos claros y su pelo castaño. Quería conocerlo, pero creí que no volvería a verlo hasta que volvimos a encontrarnos otro viernes en Angamos. Esta vez se dio vuelta con curiosidad, dejándome inmóvil de la impresión. Mi corazón dio un salto y rogué verlo otra vez. Finalmente nos encontramos un nuevo viernes en Angamos. Me sonrió, y mi estúpida timidez me hizo refugiarme aparentando indiferencia. Me hubiese gustado devolverle la sonrisa y preguntarle por su nombre. Lo llamé Viernes, y hace dos años que no lo he vuelto a ver.

María González Sandoval, 25 años, Antofagasta

FAMILIA INCLUIDA

MENCIÓN HONROSA

La conocí en Condell, fuera de un cabaret barato. Era brasileña y tenía veinte años, también tenía un tatuaje en la pantorrilla. Me sonrió, me invitó a pasar, me preguntó si quería invitarla a un trago y le dije que sí. Me contó que era de Manaos, que su prima la había traído a Chile seis meses atrás. «Seis meses en un puterío es una eternidad», dijo en mal castellano. Dos veces más la vi y la invité a un trago. Luego desapareció. Luego la vi caminando por el *mall* de la mano de mi padre. Luego volvió a desaparecer.

Víctor Escobar Díaz, 32 años, Antofagasta

LA ESQUINA

Es cuestión de pararse en la esquina de Serrano y Condell y dejar que la oscuridad haga el resto: que oculte las líneas aún masculinas de su rostro a pesar del maquillaje y las entradas que ya asoman entre su larga cabellera azabache. Lo único que la noche no puede esconder es la vergüenza que siente cada vez que un auto se detiene junto a ella y le pregunta cuánto cobra por una hora de placer prohibido.

Iván Ávila Pérez, 40 años, Antofagasta

SIETE POR SIETE

Tenía todo calculado. Cuando se iba el Barraza, llegaba el Bugueño. Los amaba a ambos por igual. Los compadritos del contraturno no sabían que compartían la misma enagua, las mismas sábanas, las mismas caricias. Hasta que al Barraza lo enviaron para la casa por estar enfermo. Ahí pilló al compadre Bugueño. Entre las piernas de su negrita. La corrida entera se enteró de algo que todos sabían. La negrita, por golosa, ya no tuvo ni al de turno, ni al de contraturno.

Betzabé Corvacho, 27 años, Antofagasta

INTERÉS

Llegó del sur hace años. Pasaron unos días y la conoció. Le prometió que siempre estaría con ella, que nunca la abandonaría. Cada noche se maravillaba con sus ojos. Adoraba recorrer su piel acariciada por el sol, bañarse en las aguas de sus besos y explorar sus misterios. Pero un día el cobre se acabó, y ella nunca lo volvió a ver.

Juan Ríos Contesse, 23 años, Antofagasta

LA LÍNEA

Lo miraba todas las mañanas; siempre estaba ahí. Lo único que nos separaba era esa vieja línea de tren que yo tanto odiaba.

Paulina Morales Álvarez, 13 años, Antofagasta

**Envía tus cuentos a la VI versión de
Antofagasta en 100 Palabras y podrás ser parte de la
próxima edición de este libro.**

Convocatoria abierta entre el 27 de abril
y el 10 de julio de 2015.

Bases y envío de cuentos en www.antofagastaen100palabras.cl
consultas a info@antofagastaen100palabras.cl





Presenta Minera Escondida

Minera Escondida, operada por BHP Billiton y Fundación Plagio, celebran con esta publicación los seis años del concurso "Antofagasta en 100 Palabras", que cada año invita a los habitantes de la región a escribir y reflexionar sobre la vida contemporánea a través de cuentos breves. Son 20 mil ejemplares en donde encontrarán los mejores relatos de nuestra quinta versión del concurso. La lectura de estos cuentos muestra la naturaleza colectiva del proyecto, en donde cada autor construye un fragmento de la memoria histórica de la región de Antofagasta. Te invitamos a ser parte de este recorrido.

www.antofagastaen100palabras.cl

PRESENTA



MEDIA PARTNERS



COLABORAN



Universidad
de Antofagasta

ORGANIZA



PROYECTO ACOGIDO A LA LEY DE DONACIONES CULTURALES